

## **Atáúdes de Brujas**

Calles muy largas, algunas de tortuoso trazo, y bordeadas por casas de piedra y edificios de gablete y pináculo. Marcos de madera y cristales de esmaltado color en las ventanas. Nombres de resonancia germánica en los avisos. Y un alto campanario en el Ayuntamiento, de carillón famoso en toda Europa. Sí, se trata de la ciudad de Bélgica que los holandeses llaman Brugge, los valones Bruges y los españoles Brujas.

Fue en un mes de marzo, ya distante, cuando la visité por primera vez. Días de niebla, de frío, y de esa inconstancia errática propia de los cielos de Flandes. Mi hotel quedaba hacia el sur, casi en la periferia. Mi primer deseo, después de hallar alojamiento, fue de entrar en contacto con la atmósfera del sitio. Más tarde vendrían los monumentos, los museos, los barrios típicos. Después, la exactitud suntuosa a la vez que enigmática de Van Eyck y de otros pintores flamencos en los museos. La neblina, el silencio, la quietud, antes que nada, en las calles desiertas...

Caminé toda esa tarde, indiferente a la baja temperatura. Cayó la noche y me demoré en la gran plaza, absorto ante su vastedad y su misterio. Muy pocos viandantes. Uno que otro se volvía para mirarme y cerciorarse, a la luz de las farolas, del aire extraño y la tez cetrina de un visitante cuyo origen no sabrían situar si en Armenia, las Molucas o los Andes. Y yo también me daba vuelta hacia ellos con cautela, un tanto divertido, y reanudaba mi paseo. Tiendas modernas, más allá, y un canal, y otra calle oscura y solitaria.

De súbito, en mitad de ésta, una vitrina iluminada. Me acerqué, pero mi curiosidad se mudó pronto en espanto. Lo que se exhibía no eran vestidos ni ajuares, tampoco muebles o relojes, y menos aún flores. Lo que allí se mostraba, en posición casi vertical frente al vidrio, eran tres ataúdes. Tres enormes ataúdes. No adornados de bronces, como entre nosotros, ni abrigados por el charol, sino de madera clara y desnuda. Mas su interior, ¡cuán lujoso y mullido! Seda muy fina, trabajada con minuciosidad, en fruncidos cordoncillos, panales de abeja, que tapizaban el fondo y las paredes. Seda muy blanca, y aún más deslumbrante bajo la claridad de las lámparas, en esa vía desolada...

Perplejo y a mi pesar contemplé por un rato esa confortable oquedad, idéntica en los tres féretros. Luego, sustrayéndome a la sorpresa, me alejé de prisa y sin volver el rostro. Ya en el hotel, busqué un rincón abrigado donde beber una cerveza caliente. No, no había visto nunca nada semejante, y menos todavía tal regusto en presentar de modo tan “atrayente” ese lecho definitivo. Subí a mi cuarto, temeroso de toparme otra vez, en sueños, con esa visión espantable. Y en los días que pasé en la ciudad me guardé mucho de no transitar por esa calle, aunque para ello debiera hacer largos rodeos.

Más de una vez, en años posteriores, he evocado los ataúdes de Brujas, y los que vi en otras ciudades de Europa. He observado muchas veces, en imaginación, su exterior tan austero, muy propio, seguramente, de un concepto muy cristiano de la muerte. Y he reflexionado sobre la aplicación paciente, casi morosa, con que los artífices trabajan el acolchado, y sobre la delectación con que los exhiben. Y me digo que en todo ello actúan, sin duda, la devoción de los flamencos por los detalles, así como su secular amor por los interiores, ilustrados con tanta belleza en su tradición pictórica. Pienso también en la resurgencia de un afán muy medieval de contrastar, por anticipado, la descomposición orgánica con lo que sugiere tersura, suavidad, delicadeza. Acaso hay también allí una manera de afecto por la muerte, aun en sus aspectos atroces, y una enfermiza aproximación de cosas muy opuestas, como cajas de muñecas y danzas macabras. Y, además, de seguro, un

gusto muy burgués por la comodidad íntima, por la privacidad egoísta, enlazados por un interés comercial a la vez que por un atávico animismo.

Y, no obstante, es tan hermosa esa ciudad, con su atmósfera hermética y espléndida. Tan hermosa, a pesar de esas vitrinas terribles...